
Charla Gaucha

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7872

Título: Charla Gaucha

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 31 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Charla Gaucha

Algo más de dos horas después de cerrar la noche, habría de ser. Noche asfixiante. El sol había desparramado tanto calor durante el día, que por la tarde, al retirarse, no lo pudo juntar todo y llevárselo para su cueva de occidente.

Entre nubes pardas, la luna subía la cuesta arriba del cielo; y al encontrarse en alguna como lagunita blanca que la dejaba visible, parecía acelerar la marcha, buscando un nubarrón donde ocultarse.

Las voces que llegaban desde el patio de la estancia, advertían la presencia del patrón y su familia bajo el toldo verde del parral, prefiriendo sin duda, el fastidio de espantar mosquitos y el peligro de los grandes gusanos verdes que suelen caer del zarzo, al horno de zinc de las habitaciones, a esas horas herméticamente cerradas, para impedir la entrada de murciélagos, terror de doña Nicomedes, la patrona.

En el playo de frente al galpón, semidesnudos, echados sobre vellones, la peonada charlaba tomando mate «tibión y labao.»

Los bichos de luz rayaban el cielo en todas direcciones; los «cascarudos» silvadores y hediondos, casi ciegos y borrachos de un todo, pechaban contra un brazo, una cabeza, un muslo, y al caer al suelo sonaban como cosa de importancia, haciendo decir a Faustino:

—Esta sabandija es como nágua'e china comadrona: mucho ruido, mucho viento y al primer apretón se aplasta.

—Pero no jiede.

—¿Qué sabés vos?..

—Es verdá... ¡disculpe, maistro!

Volando muy bajito, sin hacer ruido, los dormilones iban y venían,

atiborrándose de insectos en sus, al parecer, giros idiotas.

De rato en rato lloraba algún sapo desde la garganta de alguna culebra que le tenía medio tragado. Un enjambre de insectos pequeños zumbaban sin tregua. A veces una lechuza castañeteaba el pico y graznaba lúgubrementemente desde el negro silencio de la llanura.

—¿Pa qué hará *chus chus* la lechuza? —interrogó Serapio.

Y replicó Faustino:

—Pa hacer hablar a los bobos.

—Esa ha'e ser verdá, ché, porque he albertido que cuando la lechuza no grita, vos estás callao...

Los perros daban vueltas, se echaban, gruñían, se levantaban nuevamente, andaban un poco y tornaban a echarse y a gruñir, palpitantes los ijares, pendiente, húmeda y temblorosa la lengua.

—¡Uff!... ¡Si no llueve esta noche me se redite la riñonada!...

—Si eso decís vos, que no tenés ni sebo en las tripas, —contestó Faustino,— ¿qué dejás pal patrón viejo con su panza y sus tocinos de chancho macao?

—El patrón se refriesca pegándole a la caña 'e l'Habana y a l'agua 'el pozo, mientras nosotros tenemo que conformarlo con el mate qu'está sedando Serapio... Tomá, ché, y arréglalo un poco... ¿No ves que andan boyando los paraguayos?

Picado, Serapio retrucó:

—¡Muy fino, el talón rajao!... ¡Quién sabe no querés que te sirvan chicolate?...

—¡Me ca ... iga un árbol encima!...

—¿Qué te pasa?

—¡Qué me dentró un guampudo por la camisa y me anda pezuñando en la panza!...

—Dejalo. Pueda que se coma las «muquiranas»!...

—Guarda eso pa vos, ladio, que solo te lavás cuando llueve...

—¡Dejuro, con esta seca!... ¿Diande vi'a sacar agua?... Sino me lavo con saliva, como los gatos...

—No, che, no hagas eso... pa mi que tu saliva ensusea...

Desde el galpón, haciendo sonar los zuecos descalzos, —*as tamangas*,— avanzaba el pardo Hildebrando, y decía:

—*¡Tempo aborrecido!* —¿Qué te ocurre, bahiano?

—*Mi ridito... ¡Si ñao bufo, revento!*...

—¿No trais otra novedá?...

—*Nao; mais truje una limeta é cachaza.*

Con la noticia alborozáronse los gauchos. Gritó uno:

—¡Alcanza, Patricio, qu' estamos secos como la perdiz!...

—¡Hágase ver, rubio! —profirió otro.

—Convidá, macaco, y te perdonamos la vida, —agregó un tercero.

—Alargue la mulatihna, ño Tizón.

—*Fora! foro toudos!... Piquen sabendo que eu por bondade do; mais pe la forza... ¡jem!*...

—¡Si te lo pedimos de rodillas!...

—*Antón sim...! Eh! dispasinho, dispasinho!... ¡Pucha castigao valentes pa la cachaza!*...

—¡Ajjj! Medio chamusquea e! gañote, pera es linda.

—¡Cha digo!

—¿Qué tenés vos?

—Que le abrí no más la jareta, le encajé buche y trago, y me va quemando hasta la pajarilla!...

—¡Alcanzá, mulato!

—*Nao, ya yega.*

—¡Un buchito, no más!

—*¡Ñao! O que fica da rapariga va deitar na mea panzaz.*

* * *

La puertecita del muro que cierra el patio de la estancia, se abrió, apareciendo en el dintel un bulto blanco, más ancho que alto. Era el patrón que gritaba con imperio:

—¿No se acuerdan que mañana hay parada e'rodeo? ¡A ver si concluyen la plática y se van'acostar!...

—... 'Stá bien, patrón —respondió el capataz.— Vamos, muchachos: cada chancho a su chiquero.

—No hable tan juerte que puede oír el patrón eso de chancho...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.